

1. El cambio climático como objeto mediático

El discurso público se alimenta de mitos y lugares comunes en torno a cuál es la esencia del bien común y de la articulación de la vida en sociedad. Estas creencias, y sus discursos, sustentan en gran medida la homogeneidad de los grupos sociales, y para su identificación teórica suelen utilizarse los conceptos de *enmarcado/encuadre*, cuando se atiende a planteamientos cognitivistas (Bateson 1955; Johnson y Lakoff 1980; Entman 1993; Price 1997; Castells 2009), o *articulación*, cuando se asume una perspectiva más sociológica (teoría relacional de la Escuela de Essex; Howarth 1995, 2005).

Cuando esos mitos discursivos entran en conflicto con la realidad percibida socialmente se produce lo que la escuela de Essex llama *dislocación discursiva*, una situación de crisis en la que el soporte ideológico-discursivo que articulaba cierto grupo social deja de ser funcional. El concepto evoca el *desembrague enunciativo* de la pragmática interaccional francesa, propuesto por Trognon (1987, 106) para ciertas fracturas interactivas. Igual que en la conversación personal se origina a veces un «cambio de marcha» en el que es necesario reajustar las premisas del diálogo, en el discurso público se produce un punto de inflexión en el que se impone un desplazamiento de los anteriores marcos, ya caducados, en favor de otros nuevos.

Con este planteamiento, Stavrakakis (1997, 2000) ha dedicado varios trabajos a estudiar cómo la ideología verde —entendida como un fenómeno que va más allá del ambientalismo previo y que propone «afirmaciones universales, “holísticas” y profundamente políticas sobre la naturaleza, la crisis ambiental y su relación con el mundo humano» (Stavrakakis 1997, 260)— se

<https://dx.doi.org/10.5209/ling.006.01>

Dejemos de hablar (solo) del clima. El discurso periodístico sobre el cambio climático y la transición ecológica. Beatriz Gallardo Paúls. © Ediciones Complutense, 2026.

consolida a partir de una doble crisis socio-discursiva: la crisis propiamente medioambiental, ecológica, de finales de los años 60 y principios de los 70, confluye con la dislocación política que supone el agotamiento de los modelos políticos de izquierda:

En la base de la aparición de la ideología verde se puede detectar una doble dislocación. Una dislocación de la forma en que hasta ahora se ha negociado nuestra relación con la naturaleza, y una segunda dislocación, el desplazamiento de una tradición política. La primera eleva la idea de la naturaleza a posible punto nodal, un posible significante maestro o vacío que llegó a articular en torno suyo una construcción ideológica completa, como respuesta a la segunda dislocación. (Stavrakakis 2000, 112).

El autor propone que esta configuración ideológica resultó novedosa y autónoma en la medida en que utilizaba significantes preexistentes («verde», «naturaleza», «ecosistema») y los dotaba de connotaciones ecológico-políticas propias. En su institucionalización, este discurso verde otorgaría una centralidad especial al concepto/término de «cambio climático», que emerge en un texto científico de 1975 pero se instala rápidamente en la denominación de organismos internacionales (Sesiones ordinarias de la ONU sobre el Cambio Climático, Convención Marco de la ONU sobre Cambio Climático, Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático), así como en grupos, revistas y proyectos de investigación de todo el mundo.

La segunda dislocación señalada por Stavrakakis tiene que ver con el alejamiento que se produce (Judt 2010; Traverso 2016; Romero 2019, 2025) entre los discursos progresistas emancipadores y su sujeto político por excelencia, el proletariado, un alejamiento que en los últimos 50 años se ha plasmado discursivamente en la imparable fragmentación de ese sujeto político mediante el recurso a las *retóricas de la peculiaridad* (Gallardo Paúls 2018, 2024b). El discurso progresista se desvincula así del que era su *topos* fundamental, la lucha de clases, y lo diluye en la búsqueda de un nuevo sujeto que no para de escindirse. Este sería el contexto que favorece la emergencia del ecologismo como propuesta política novedosa, en el marco de los que se llamaron «nuevos movimientos sociales»:

En el campo de la sociología de los movimientos sociales, el término «nuevos movimientos sociales» no se refiere tanto a la «novedad» como a un tipo particular de movimientos. Alain Touraine (1979) forjó dicho

concepto para enfatizar la importancia de los movimientos que impulsaban y reivindicaban dimensiones más «culturales», y que surgieron a partir de los años 1960. Sin desaparecer, el movimiento obrero iba perdiendo protagonismo y se había institucionalizado, mientras que una ola de movimientos, como los feministas, los ecologistas o los estudiantiles transformaron la sociedad a partir de luchas con una fuerte carga cultural. [...] A partir de la década de los años sesenta, las demandas culturales ganaron terreno sobre las demandas en temas de redistribución económica. (Pleyers 2018, 29)¹.

Para transmitir ese escenario a la opinión pública en lo relativo al ambientalismo —en los mismos años, no lo olvidemos, en que se fraguan y consolidan los grandes proyectos neoliberales—, los medios de comunicación recogen la centralidad de la naturaleza y el ecologismo. Y en este transvase, obviamente, asumen el marco contextual que es propio del periodismo, cuyas pretensiones profesionales de objetividad lo alejan —como sabemos, con muchos matices (Hallin y Mancini 2004)— del discurso ideológico característico de los partidos. Por el contrario, el protagonismo mediático de la naturaleza y el medio ambiente se someterá progresivamente al encuadre interaccional del periodismo científico, de tal manera que el periodismo medioambiental se autoconcebirá mayoritariamente como un tipo de comunicación científica, aunque se incluya en las páginas de sociedad (o, en nuestros datos, también de economía) y se defienda su carácter transversal (Friedman 1979, 2015; Schoenfeld 1980; Hansen 1991, 1994; Bell 1994; Bødker y Neverla 2012; Engesser y Brüggeman 2016; Sachsmann y Valenti 2020; Teso *et al.* 2019, 2020, 2021, 2022; APIA 2023; Bayes, Bolsen y Druckman 2023). Los textos, por tanto, pertenecen en gran parte a periodistas especializados, con formación científica específica; Clemente Álvarez, Gustavo Catalán Deus, Carlos Fresneda, Cristina G. Rubio, Teresa Guerrero, Rosa M. Tristán, Paula María, Víctor Martínez, Esther Sánchez o Manuel Planelles son algunos de los profesionales especializados que redactan las piezas periodísticas del corpus.

¹ El texto de Pleyers recoge entre comillas el término «culturales» porque arrastra connotaciones difíciles de extraer, ya que se refiere sobre todo a cuestiones de naturaleza ideológica, ética o moral. Thomson señala que desde el punto de vista partidista «la guerra cultural es evidente en el surgimiento simultáneo de un “desorden moral” y un “renacimiento moral”» (2010, 3), y subraya las muchas dificultades del término “cultura” en el discurso de las ciencias sociales.

Desde los años 70², la idea central de la ciencia del medio ambiente era, sin duda, el calentamiento global y el cambio climático, cuyo interés se había visto agudizado por múltiples factores de diversa naturaleza, entre ellos las mareas negras provocadas por accidentes de barcos o plataformas petrolíferas en los años 60, los accidentes nucleares y las peligrosas catástrofes de contaminación industrial, el secado del mar de Aral por parte de la Unión Soviética, los crecientes niveles de contaminación de las ciudades, o la grave crisis del petróleo de 1973, que alertaba sobre los límites de la energía fósil al tiempo que propiciaba la creación de centrales nucleares; exitosas publicaciones sobre el tema, así como la aparición del movimiento ambientalista suelen considerarse también elementos fundamentales (Estenssoro 2007).

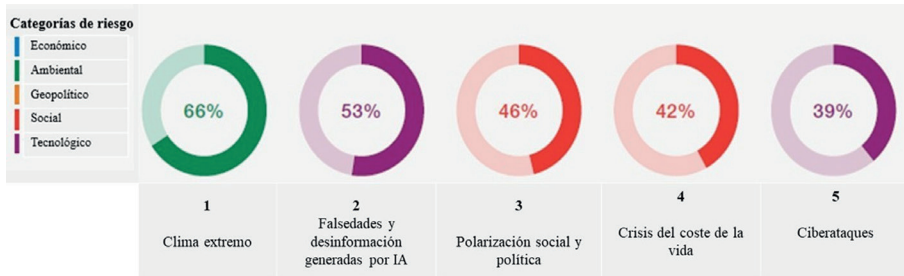
En este contexto —el mismo que llevaría a Ulrich Beck a describir la «sociedad del riesgo» en 1986—, dar cobertura a los temas del ecologismo político significaba introducir en los medios de comunicación el cambio climático que preocupaba a los científicos, y que estaba alentando la creación de movimientos sociales y la celebración de cumbres mundiales (el primer Día de la Tierra se celebró en 1970) o de sesiones monográficas de la ONU sobre el clima. En suma, el periodismo ambiental emerge en el panorama mediático focalizando la ciencia sobre la crisis climática como eje temático vertebrador; más tarde, como veremos, trasladar el consenso científico sobre el tema se convierte en una prioridad para neutralizar las crecientes voces negacionistas.

Los resultados persuasivos de esta atención mediática a las crecientes manifestaciones del cambio climático —en confluencia con la comunicación que realizan también las instancias político-gubernamentales, las organizaciones ecologistas y la divulgación científica— son evidentes. En el informe que elaboró el Foro Económico Mundial (FEM/WEF) antes de su cumbre de Davos

² En 1972 se celebró en Estocolmo la Primera Cumbre de la Tierra (llamada también Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano o Conferencia Científica de las Naciones Unidas), cuyo resultado fue la Declaración de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano (CNUMAH 1972). Le siguieron las cumbres de 1992 (Rio de Janeiro), 2012 (Johannesburgo) y 2015 (París). Como resultado de la primera cumbre se constituyó en 1972 el PNUMA, Programa de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente (UNEP en inglés), que se organiza en siete ámbitos: cambio climático, desastres y conflictos, gestión de los ecosistemas, gobernanza ambiental, productos químicos y desechos, eficiencia de los recursos, y evaluación del medio ambiente. En 1974, la Organización Meteorológica Mundial (OMM) y el Consejo Internacional de Uniones Científicas, organizan el *Programa de Investigación Atmosférica Global* (GARP). En 1979, la OMM organiza la *Primera Conferencia Mundial sobre el Clima*.

de 2024, la preocupación por los fenómenos de clima extremo ocupaba el primer lugar entre los riesgos percibidos por los encuestados³.

Gráfico 1. Riesgos globales percibidos en el informe del Foro Económico Mundial de 2024



Fuente: Foro Económico Mundial (WEF 2024).

En el informe de 2025, publicado mientras se redactaba este trabajo, las preocupaciones medioambientales parecen difuminarse un poco en el corto plazo pero crecen en la previsión a más largo plazo. Como recoge el Gráfico 2, los encuestados muestran mayor preocupación, a dos años vista, por la desinformación, pero cuando se les pide que valoren los riesgos en un plazo de diez años ganan peso los problemas medioambientales, como los fenómenos de clima extremo, la pérdida de biodiversidad o la escasez de recursos. Retomaremos esta postergación del problema cuando hablemos de la hipermetropía ambiental.

Gráfico 2. Previsión de riesgos a dos y diez años según el informe de percepción de riesgos de 2025 del FEM



Fuente: Foro Económico Mundial (WEF 2025)

³ Los informes del FEM se basan en encuestas a líderes empresariales, expertos del mundo académico y gubernamental, la comunidad internacional y la sociedad civil de 113 países.

Paralelamente a las encuestas sobre percepción del riesgo del FEM, el Barómetro del CIS de marzo de 2024 ofrecía información relativa al nivel de preocupación ciudadana en torno al cambio climático. Como refleja la Tabla 1, un 76% de la ciudadanía española declara estar mucho o bastante preocupado por el cambio climático, pero esta preocupación se mantiene en un nivel abstracto que no corresponde con la alineación política; véase que, según el CIS, casi un 40% de los votantes de la derecha radical declara estar mucho o bastante preocupado por el cambio climático.

Tabla 1. Preocupación ciudadana sobre el cambio climático según el CIS

CIS

Estudio nº3445. BARÓMETRO DE MARZO 2024

Marzo 2024

Pregunta 1

¿Diría Ud. que en estos momentos el cambio climático le preocupa mucho, bastante, poco o nada?

	TOTAL	Recuerdo de voto en las elecciones generales de 2023									
		PP	PSOE	VOX	Sumar	ERC	Junts	EH Bildu	EAJ-PNV	BNG	CCa
Mucho	34,5	25,3	43,3	8,5	53,6	54,0	56,2	59,4	16,4	57,1	73,9
Bastante	41,9	40,0	45,0	30,9	39,9	41,5	38,6	34,4	81,0	37,2	16,5
(NO LEER) Regular	1,6	2,2	1,3	2,6	0,2	-	-	-	-	-	-
Poco	14,2	23,7	7,5	25,5	5,3	0,7	2,0	2,6	2,6	5,7	9,7
Nada	7,1	8,2	1,8	32,5	1,0	3,8	3,2	3,6	-	-	-
N.S.	0,1	0,1	-	-	-	-	-	-	-	-	-
N.C.	0,5	0,4	1,0	-	-	-	-	-	-	-	-
(N)	(3.931)	(902)	(1.018)	(295)	(387)	(60)	(32)	(28)	(30)	(36)	(6)

	Recuerdo de voto en las elecciones generales de 2023									
	UPN	PACMA	Otro partido	En blanco	Nulo	No tenía edad	No votó	No tenía derecho a voto	N.R.	N.C.
Mucho	56,7	53,8	33,8	35,1	22,1	23,5	27,3	48,5	38,0	35,0
Bastante	20,6	29,6	43,2	47,6	54,9	56,1	42,1	41,0	43,6	43,1
(NO LEER) Regular	-	-	-	3,5	-	-	3,0	-	1,3	1,4
Poco	12,1	8,5	12,3	9,6	15,1	20,4	17,3	-	8,2	14,9
Nada	10,6	8,0	10,8	4,2	8,0	-	10,3	10,5	1,3	4,6
N.S.	-	-	-	-	-	-	-	-	3,8	0,1
N.C.	-	-	-	-	-	-	0,1	-	3,8	0,9
(N)	(3)	(21)	(59)	(99)	(55)	(27)	(503)	(19)	(89)	(264)

Fuente: Barómetro del CIS, 2024.

Los niveles de preocupación son, como puede verse, más que notables, y, sin embargo...

Sin embargo, después de casi cinco décadas de comunicación trasladando el tema y su gravedad a la opinión pública, parece indiscutible que ese modelo discursivo —no exclusivo de los medios—, centrado en el cambio climático y el correspondiente consenso científico, ha sido poco exitoso en el logro de sus objetivos finales; lo sigue siendo. Si trasladamos al ámbito perlocutivo la clasificación clásica de Searle sobre tipos de actos ilocucionales, diríamos que la Comunicación sobre el Cambio Climático (CCC) consigue

una perlocutividad representativa y, en general, logra convencer de la veracidad de sus enunciados, pero fracasa en su dimensión directiva y no consigue acciones consistentes con esa creencia. Es importante subrayar que tal dimensión directiva presenta una doble manifestación: tiene una dimensión cotidiana en los hábitos de la vida diaria (consumo responsable, reciclaje, etc.), pero también una dimensión política que, en principio, debería ser incompatible con votar a partidos negacionistas del cambio climático. Dado el auge de los populismos y tecnopopulismos del siglo XXI, uno de cuyos rasgos es, precisamente, el antiintelectualismo y el negacionismo científico⁴, la bibliografía no focaliza tanto la incoherencia entre creencias y acciones como el desajuste entre las certezas del consenso científico y una opinión pública que se declara alejada de los datos que proporcionan los expertos y de sus consecuencias (Roser-Renouf *et al.* 2015; Cook y Lewandowsky 2016). Con este planteamiento, Bayes Bolsen y Druckman (2023, 17) señalan dos factores esenciales para explicar en el contexto estadounidense esa brecha (*consensus gap*) entre lo que dice la ciencia y lo que piensa la ciudadanía: por un lado, los errores en la difusión de la información científica, y, por otro, la politización de esa difusión, que explica «los esfuerzos sostenidos de numerosos actores para socavar la confianza pública en el consenso científico sobre el cambio climático», unos esfuerzos sostenidos que se trasladan a la esfera comunicativa de la mano de la desinformación (Gallardo Paúls 2025).

Creemos que, en el caso concreto de la prensa generalista, a estos dos rasgos se suma un tercero, a cuya descripción dedicamos las siguientes páginas: la cobertura mediática sobre el cambio climático construye un discurso alejado de la realidad de sus lectores, que presta más atención a los fenómenos y manifestaciones radicales del clima (y su dimensión científica) que a su incidencia cotidiana en nuestras sociedades y en nuestras vidas. Esta cobertura falla en su función porque, a diferencia de lo que ocurre en el discurso científico y académico, el planeta —y, con él, las grullas, las ranas,

⁴ «El término negacionismo fue acuñado en 1987 por el historiador Henri Rousso como reacción contra el revisionismo histórico que negaba la existencia del holocausto. Desde entonces este término ha ido extendiendo su significado para incluir tanto el rechazo a admitir acontecimientos históricos traumáticos (como los crímenes de guerra), como conceptos básicos, aceptados y fuertemente asentados en el consenso científico (como el creacionismo, que sostiene la intervención de una deidad en el origen de la tierra y rechaza de la evolución). [...] La eficacia del negacionismo a la hora de adaptarse a nuevas realidades como el cambio climático, la discriminación de género y a contextos políticos dispares, desde EE UU, Brasil a Reino Unido, por ejemplo, radica en la manera que este tiene de interpelar y de transformar en seguidores convencidos a quienes lo escuchan». (Martín Rojo y Delgado, 2021).

los glaciares y las ballenas que pueblan la cobertura habitual del cambio climático— no funciona como sujeto protagonista del discurso mediático. De hecho, Uzzell (2000, 314) ha llamado *hipermetropía ambiental* a este «desenfoque», según el cual la percepción de gravedad de los problemas ambientales es mayor cuanto mayor sea la lejanía en la que se producen (García-Mira, Real y Romay 2005). Aunque las investigaciones de Uzzell y su equipo se refieren a una distancia espacial (y temporal), su efecto cognitivo es de amplio impacto; este tipo de cobertura, atento a cómo los fenómenos de clima extremo afectan a otras especies animales o vegetales, o a lugares remotos, elude su impacto en nuestro entorno inmediato, que solo es puesto de relieve cuando se producen catástrofes⁵ como las DANAS o los incendios de última generación:

El calentamiento ya está golpeando a los humanos con tal dureza que no deberíamos tener que volver la mirada hacia otros lugares, hacia las especies amenazadas y los ecosistemas en peligro, para seguir el rastro de la espantosa ofensiva del clima. Pero lo hacemos, consternados por los osos polares varados y las historias sobre los apuros de los arrecifes de coral. (Wallace-Wells 2019).

La dimensión estrictamente discursiva de este tercer rasgo es el tema del presente libro. A partir de un corpus de datos de prensa generado mediante búsquedas léxicas revisaremos todas las dimensiones discursivas de los textos (con

⁵ Aunque nuestro objetivo en este trabajo es el periodismo escrito, es importante tomar conciencia del modo en que los ritmos informativos —y sus inercias—, hacen estragos en nuestra gestión de la atención. Sabemos que el mundo digital nunca cierra y los medios de comunicación se ven obligados a rellenar parrillas televisivas y webs las 24 horas de cada día. Se genera así un verdadero *horror vacui* de la voz informativa cuya consecuencia más importante es el desplazamiento de los medios audiovisuales hacia un terreno que ya no es estrictamente informativo, un ámbito que desde las últimas décadas del siglo pasado llamábamos «infoentretenimiento», pero cuyo prefijo «info» ha perdido actualmente gran parte de su peso. Este desplazamiento tiene varias consecuencias en la oferta informativa que se pudo comprobar con la DANA de octubre de 2024. Por ejemplo, tertulias inacabables donde, entremezclada con la voz de las y los expertos, la voz informativa se convertía en simple opinión y con excesiva frecuencia evidenciaba un sorprendente desconocimiento al servicio de la incertidumbre; por ejemplo, perpetuando durante días la pregunta sobre la responsabilidad política en la gestión de emergencias. Otro efecto de esta necesidad de ocupar el espacio informativo es la repetición descontextualizada de las imágenes; cinco días después de la tragedia, las televisiones y webs de periódicos seguían emitiendo los videos de la primera noche sin poner fechas de referencia, de manera que la cobertura inicialmente informativa se convertía en un bucle de recreación dramática; para nuestro análisis, retomaremos esta idea de bucle por repetición también en su dimensión informativa.

la excepción del paratexto) para comprobar hasta qué punto el encuadre de los mismos permite o no la implicación de los destinatarios; es decir, intentaremos dilucidar qué tipo de «lector modelo» construye este discurso (Eco 1979, 88), y cuál es —si la hay— la evolución del mismo a lo largo del tiempo.

Si, como parece, el objetivo del periodismo ambiental es la concienciación de las personas y, a partir de ella, su implicación tanto cotidiana como política en el tema, consideramos necesario consumir un cambio de marco que ya resulta identificable en diversos ámbitos (piénsese, por ejemplo, en los sucesivos nombres de las carteras ministeriales relacionadas⁶) y que el propio discurso periodístico ejemplifica levemente, como veremos, en casos muy concretos. Este cambio de marco potenciaría nuevos *topoi* y colocaría en el centro del debate la implicación ciudadana ante la emergencia climática, no el propio proceso ambiental.

En concreto, para tratar de «desembragar» un discurso que parece haber perdido su capacidad perlocutiva, propondremos dejar de hablar (solo) del *cambio climático* para convertir la *transición ecológica* en el punto focal de la comunicación, de tal manera que las y los ciudadanos puedan identificarse como protagonistas de ese discurso y, por tanto, de esa transición. Para que, según decía Schonfeld, el periodismo ambiental pueda presentar «un medio ambiente amenazado como una “realidad social” con la que los lectores pueden identificarse» (1980, 462). Sin necesidad de abordar el análisis detallado del corpus de la sección II resulta obvio que «cambio climático» carece de semas que impliquen a la ciudadanía, mientras «transición ecológica» exige una actancialidad muy diferente; huelga decir que las connotaciones son, también, distintas.

Esta es la idea que se desarrolla brevemente en los siguientes apartados, en el marco de un proyecto de investigación más amplio en el que se aborda también la comunicación gubernamental/institucional sobre los mismos temas.

⁶ VIII Legislatura, presidida por José Luis Rodríguez Zapatero (abril 2004-abril 2008): Ministerio de Medio Ambiente.

IX Legislatura, presidida por José Luis Rodríguez Zapatero (abril 2008-julio 2011): Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino.

X y XI Legislaturas, presidida por Mariano Rajoy Brey (diciembre 2011-abril 2014, y diciembre 2015-julio 2016): Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente.

XII Legislatura, presidida por Mariano Rajoy Brey (julio 2016-junio 2018) y por Pedro Sánchez Pérez-Castejón (junio 2018-mayo 2019). Ministerio de Agricultura (y Pesca), Alimentación y Medio Ambiente durante la etapa de Rajoy, y Ministerio para la Transición Ecológica en la presidencia de Pedro Sánchez.

XIII, XIV y XV Legislaturas, presididas por Pedro Sánchez (mayo 2019-diciembre 2019; enero 2020-agosto 2023; agosto 2023-actualidad): Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico.